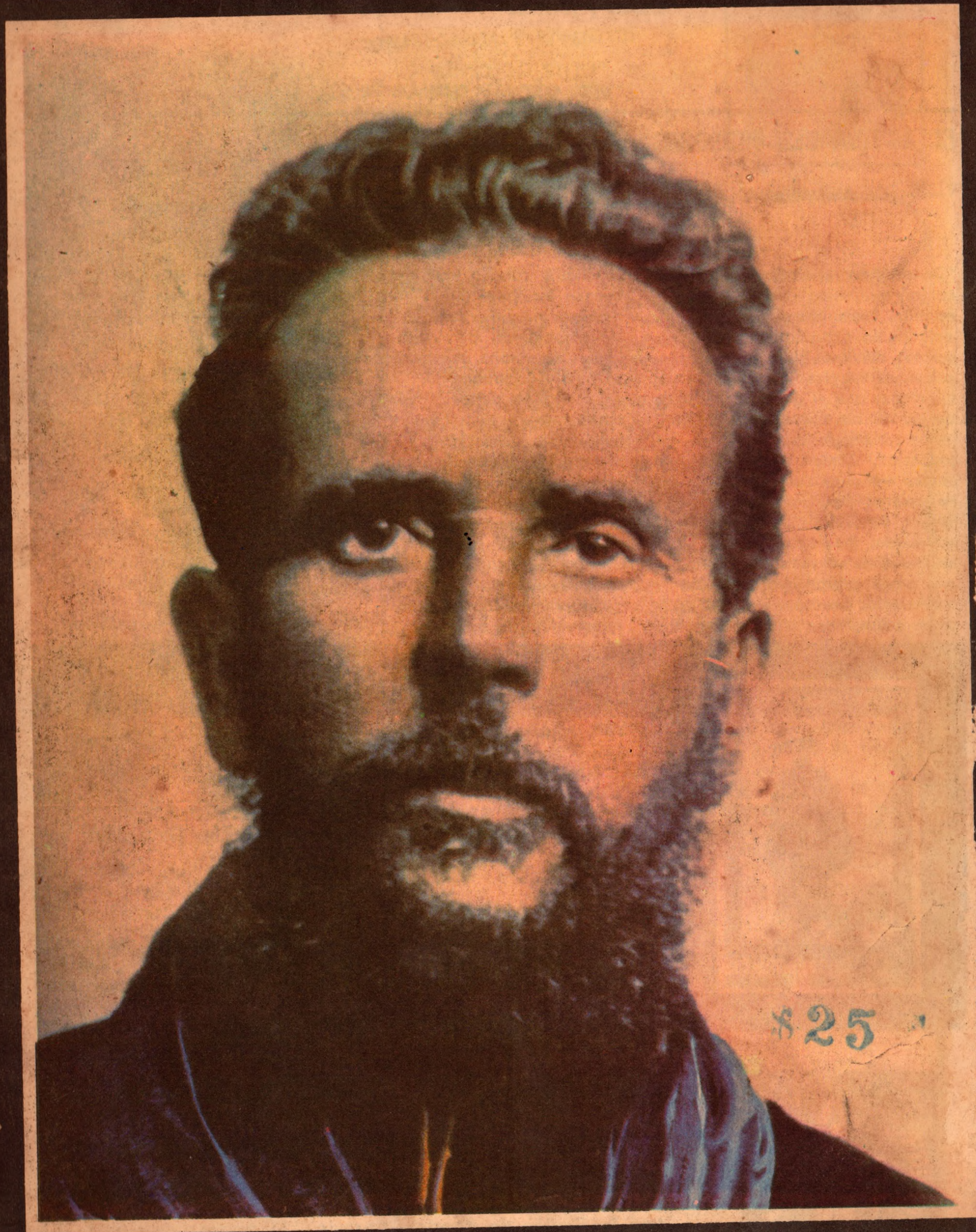
APARICIO SARAVIA

1

Publicación quincenal



El águila del Cordobés

INFANCIA Y JUVENTUD

EL "CABO VIEJO"

APARICIO SARAVIA

Infancia y juventud **El "Cabo Viejo**

1

por **efraín quesada** **1981**

EL AGUILA DEL CORDOBES

visto por sus contemporáneos

JAVIER DE VIANA

"Con divisa blanca"

"De estatura mediana, muy bien conformado, recia la espalda, fuerte el pecho, delgada la cintura, tiene las piernas nerviosas y muy pequeños los pies, lo mismo que las manos que él gusta de exhibir con coquetería, con frecuentes ademanes cadenciosos. Es un cuerpo que parece mandado construir de encargo para las grandes fatigas, para las actividades incansables para los inauditos esfuerzos. A pie, aquel cuerpo que anda con movimientos pausados y desenvueltos, tiene una gracia sencilla: a caballo adquiere una belleza escultural que asombra y cautiva hasta a los viejos centauros, los férreos jinetes de antaño que montaban en pelo y domaban del copete los potros bravos de entonces.
La cabeza guarnecida por abundante cabellera color castaño, ligeramente rizada y salpicada de raros hilos blancos, tiene mucha semejanza con una buena, noble y fuerte cabeza de león.
La frente es alta, amplia, de curva pronunciada; la nariz recta y fina, la boca pequeña coronada por un bigote de mocito, que en estos últimos tiempos han invadido las canas; las mejillas, tostadas por el sol, son un tanto descarnadas. Pero la característica de la faz del caudillo, la dan el mentón y los ojos: aquel avanza delgado y fuerte, pregonando energías; y los ojos de color pardo, medio escondidos tras los párpados que tienen un fruncimiento orgánico, son de una movilidad y una vivacidad extraordinarias."

Próximo fascículo



Tensas jornadas de la década de 1880 y la Revolución Federalista de Río Grande del Sur.



Ediciones de la Plaza.
Plaza de Cagancha 1168, Esc. 14.
Impreso en marzo de 1981 en los talleres gráficos de "El País" S. A. Cuareim 1263 - Montevideo, Uruguay.
Queda hecho el depósito que marca la ley.
Edición amparada al Art. 79 de la ley 13.349.
Comisión del Papel. Depósito legal: 153798/80

Los fascículos de Aparicio Saravia, "El Aguila del Cordobés" se editan quincenalmente. Incluyen material gráfico especialmente creado para esta edición y numerosas fotografías, en publicaciones éditas e inéditas. pertenecientes al autor.



APARICIO SARAVIA

INFANCIA Y JUVENTUD
EL "CABO VIEJO"



Indice

REALIDAD Y LEYENDA

PREAMBULO DE LA BIOGRAFIA

APARICIO SARAVIA, es el último caudillo ecuestre oriental. Cuatro contiendas revolucionarias, nacionalistas, que abarcan desde noviembre de 1896 a setiembre de 1904, hicieron del "buen vecino del Cordobés", un personaje de leyenda viva y heroicidad gauchesca.

Llegó a general en la Revolución Federalista Riograndense, en la que luchó denodadamente entre los años 1893 y 1895. Muchos de sus biógrafos aseguran que siendo un niño, estuvo en la Revolución de las Lanzas de 1870-72 y jovencito, en la Tricolor de 1875. De la primera, parece, le vino el mote de "Cabo Viejo" con que lo llamaban algunos íntimos; y en la otra obtuvo el ascenso a Alférez. También habría figurado en la del Quebracho. Sin embargo, donde adquiere renombre de general y caudillo, es en esas cuatro "alzadas" orientales, que fueron en progresión matemática. En 1896 comenzó sus correrías con un piquete de apenas treinta hombres, todos con lanzas, y de los cuales sólo dieciseis llevan winchester, y finaliza en 1904 con un ejército de más de 15 mil paisanos.

Es Aparicio Saravia, la única cabeza visible de todas esas revoluciones nacionalistas uruguayas. El intérprete fiel de una conciencia popular. Nacido en el campo, se consustanció con sus hombres y su manera de ser.

Su prestigio, en el apogeo, llegó a ser tal, que su estancia en el Cordobés, aún para los gobernantes era "la capital blanca".

Fue señor y árbitro de cuanto acontecer político ocurrió en esos ocho años de activa militancia. Su opinión era ley nacionalista. Todos los pasos que dieron los blancos, los caminaron con su visto bueno.

Al vadear el Cordobés, no había quien no dijera: "Más allá de esa orilla, no gobierna el gobierno". Y así era, porque se pisaba "la tierra del general".

Esta biografía de Aparicio Saravia, no es la historia de Aparicio Saravia, sino su vida. Tal como la percibieron los que estaban a su lado, peleando por su causa, que era "Por la Patria" y contra "el gobierno que se había sublevado".

Resulta muy difícil transitar por sus acciones y sus sentimientos, y ser objetivos. Ascender del efecto a la causa o de las propiedades a la esencia y quedar indiferentes. El tiempo limpia las pasiones, pero no corroe los hechos. Tratamos de no juzgarlo, exponiendo los acontecimientos. Su historia arrastra una maraña indesentrañable —por ahora— de leyenda. Un día, sesudos historiadores despejarán los acontecimientos empapados aún de partidismos. Podemos, eso sí, estar seguros que él no incluyó esas leyendas y si las incluyó, lo hizo involuntariamente.

Los documentos, las memorias, los libros, las páginas sobre "El Aguila del Cordobés", arrastran más pasión que meditación. No es fácil distinguir lo veraz de lo falso. Se acentúa a uno y otro lado. El fiel de la balanza está abarrotado de sentimientos y pasiones. Una prueba de esa verdad motivada, se encuentra en Javier de Viana.

"¿El General? —escribe en "Con Divisa Blanca"—, extraño personaje que no se ve nunca en el ejército. Su sombrero blanco y su poncho blanco, pasan de pronto, como una visión, y desaparecen enseguida; nadie sabe en qué misteriosas tareas se ocupa, y todos tienen hambre de verle y de oirle. Un comandante decía:

—Parece mentira que yo no conozca todavía al general Saravia.

Y Basilio Pimienta, siempre gruñón responde: —Señal que no ha estado usted donde quemaban las papas; es allí que se ve al general.

—Yo lo vi cuando cargó a lanza en Illescas —exclamó uno de los que, sin duda, había estado **donde quemaban las papas.**

—No fue en Illescas, fue en Las Palmas que cargó el general —rectifica otro.

—¿Usted lo vio? —pregunta imperiosamente Gómez.

—No. Pero...

—¿Pero qué?

—Dicen todos.

—Todos los que lo dicen, mienten.

Durante una hora la discusión continúa.

—Fue Noblía quien cargó en Las Palmas, no fue el general.

—Noblía no tiene un lancero; quien mandó la carga en el paso fue el comandante Saavedra.

Y por mucho tiempo la controversia siguió apasionando a todos, hasta que vino a saberse... que ni en Illescas, ni en Las Palmas, ni en parte alguna había habido tal carga de lanceros".

Si quisiéramos establecer todas las fuentes informativas como debiéramos, no podríamos adelantar mucho sobre Aparicio Saravia. Su volumen más copioso es de manantiales populares, imbuido de partidarismos políticos, donde se discute no sólo la veracidad sino la propia existencia de los hechos.

Para introducirse desapasionadamente en esas fuentes, se requería una averiguación crítica profunda y minuciosa, que no es la de este caso, que es de difusión y no de investigación histórica, aunque la tiene.

Averiguaremos de esos cronistas, cuanto pueda saberse. Muchos no son bien informados, peso sí están bien enterados y valoraremos sus testimonios. Hurgaremos en los documentos. No omitiremos la prensa, ni los autores que ofrecen complementos de las noticias. Ellos serán nuestro apoyo. Nuestro sostén.

Si pudiéramos investigar profundamente las fuentes, se acortaría la distancia en los asuntos polémicos y podríamos evitar la confusión que hay sobre muchos hechos, y que se plantean por las distintas apreciaciones de los textos y memorias.

Esta depuración, indispensable en todo trabajo histórico, en la biografía de Aparicio Saravia la reputamos de absoluta necesidad, ya que se cruzan y enmarañan tanto apasionamiento, como personas nos relatan su vida. Pero, no es este nuestro intento. Unicamente tratamos de encontrar la auténtica particularidad que distingue al gran caudillo nacionalista, y arrancarle de la leyenda para volcarla, viva y real, como creemos que pudo haber sido.

LUIS ALBERTO DE HERRERA. Nació el 22 de junio de 1873 y falleció el 8 de abril de 1959. Tuvo una larga y activa carrera política comenzada a los 19 años, que matizó con un peculiar y combativo periodismo y la investigación histórica. La mayoría de las obras de Herrera están referidas a temas históricos, diplomáticos y enfoques políticos circunstanciales. Miembro correspondiente de la Real Academia, perteneció a las academias históricas de Uruguay y Argentina. En 1950 fue designado "Padre del Revisionismo Americano" por el IV Congreso de Historia de América, reunido en Chile. Su primer libro fue "Por la Patria", publicado en 1898. Es el relato de la Campaña Revolucionaria de 1897, en la que Herrera participó a las órdenes del Coronel Diego Lamas.

UN PROLOGO

APARICIO SARAVIA

por

Luis Alberto de Herrera

AL trazar estas líneas, paréceme que me cuadro, en acto de reverencia espiritual, ante augustas memorias, para todos tan queridas. Esa reflexión, me decide.

Años tantos han transcurrido desde el glorioso tumulto, que el pasado —que mis ojos vieron— ya se pierde en la bruma que envuelve a los grandes y a los pequeños protagonistas, cuando el espacio los aleja de la escena.

Porque ya se acaba la recia generación que cruzó con su cintarazo la historia contemporánea del país. Con ella, se hunde en el horizontal visual una época, que marcó destinos.

Hacia allá van, muy diezmadas las filas, sus últimos representantes, abstraídos y en silencio, por dentro y por fuera.

¡Pero no! Aunque el labio calla, vibrante está el recuerdo de las jornadas viriles y estremecedoras. Al golpe de su emoción, brota del pedernal de las almas, la chispa que alumbra.

Clara se muestra, entonces, la ruta que antes trillaran el sacrificio y la fe. Las figuras centrales emergen vigorosas y su perfil destaca, nítido, de los acontecimientos que les sirvieron de engarce, cual si ellas avanzaran hacia nosotros, aproximándose, creciendo. Y crecen, porque se trata de héroes y los engendró la epopeya.

Saravia la encarna y resume. Con él se abre y se clausura un capítulo extraordinario de la leyenda patria.

Al volver la mirada, después de un cuarto de siglo, lo abrazamos,



en el tiempo con la misma admiración y ternura que nos arrancó cuando devotamente le seguimos por las cuchillas de la tierra, a caballo, a pie, de cerca o de lejos, confundiendo con la suya —a la par de miles de hombres libres— la propia suerte.

En nada ha cedido el juicio que entonces de él me formara. Más aún: la edad madura, a la vez de refrendarlos, amplía aquellos primeros conceptos, forjados en la ardorosa juventud. Como oriental, como nacionalista, como sudamericano, la memoria de Saravia resuena en el bronce.

¡Formidable y adorado caudillo, que en la honradez, en la misericordia y en la abnegación intrépida asienta su limpia fama!

Por sus hermanos de causa embrazó el escudo; ellos le adeudan la redención. Por la libertad, que conquistó para todos sus conciudadanos, abatiendo los hierros del despotismo, débele gratitud su raza. América saluda en ese gaucho magnífico, que jamás se manchara con sangre del vencido, ni con la vil ambición, a uno de los grandes agentes de su ascenso republicano.

Es el temperamento más poderoso que he conocido. Evoco sus altas acciones y enseguida afirmo que sobre todos descuella. No siendo el hogar, nadie ha influido

más hondamente en ia formación de mis ideas.

Peso, una a una, mis palabras y me ratifico en el rotundo aserto. No emana de la impresión fascinadora de un momento, recogida, incidentalmente en el cruce de dos caminos. Muchos meses viví y conviví con aquel paisano generoso y genial y guardo la sensación fiel de sus cualidades, acreditadas en las más diversas y dramáticas circunstancias.

Cuanto más atribulado el episodio y más cierra, por todos lados, sus negras murallas la terrible adversidad, con mayor fulgor brillan sus pasmosas virtudes de mando.

Conductor, guerrillero, peregrino del ideal cívico, su denuedo y su patriotismo sin tacha, resplandecen en la tradición que, como una aureola, se ciñe, apenas muerto, a su nombre de libertador.

Siempre con desventaja; siempre mal armado; siempre en inferioridad numérica, al acerbo infortunio siempre se sobrepone. Para arrollarlo, realiza milagros y estira hasta hacerlas crujir, las fuerzas morales de sus voluntarios, enseñándoles fortaleza con el propio e ilimitado estoicismo.

Ahí está, para mí, la arista máxima de su enorme personalidad.

Jamás flaqueó; nunca la vacilación quebrantó sus ímpetus de gran jefe. En la tremenda prueba, se agiganta. Las más desesperadas situaciones le encuentran imperturbable, sonriente y firme, sembrando viril optimismo, y tomando, sin decirlo, puesto extremo en la extrema vanguardia del peligro, de la responsabilidad y de la inmolación.

Así desfila por las campañas y por la historia y así cae y muere; sin desmayo y sin queja. Si alguna frase articula en la agonía, ella cuaje en una consigna de lucha: coronar la victoria que él empezara!

Fue el más completo y pujante caudillo nacido en las riberas del Río de la Plata. No sé cuál otro, en todo el continente, le excede en valores y purezas, ni por el arrastre magnético, ni por la pulcritud de la conducta, ni por el desinterés, ni por la nobleza, ni por la elevación orgánica de sus sentimientos, ni por la visión esclarecida de la patria, bien desglosada, en todo instante, de lo subalterno; pero, si alguno le iguala, a todos supera por el concierto armonioso de la inteligencia y del honor.

Por sus ideales, todo lo da y, como para poner señuelo a los otros, comienza por darse él mismo, por dar caudal, por dar sus hijos. Con privilegiada moneda se lo ha pagado la gloria.

Gracias a su sable y a sus homéricas hazañas, tenemos patria todos y la bandera flota sobre una democracia, ahora auténtica.

Se le va a erigir un monumento. Ya tiene uno, el supremo, edificado por el fervor popular.

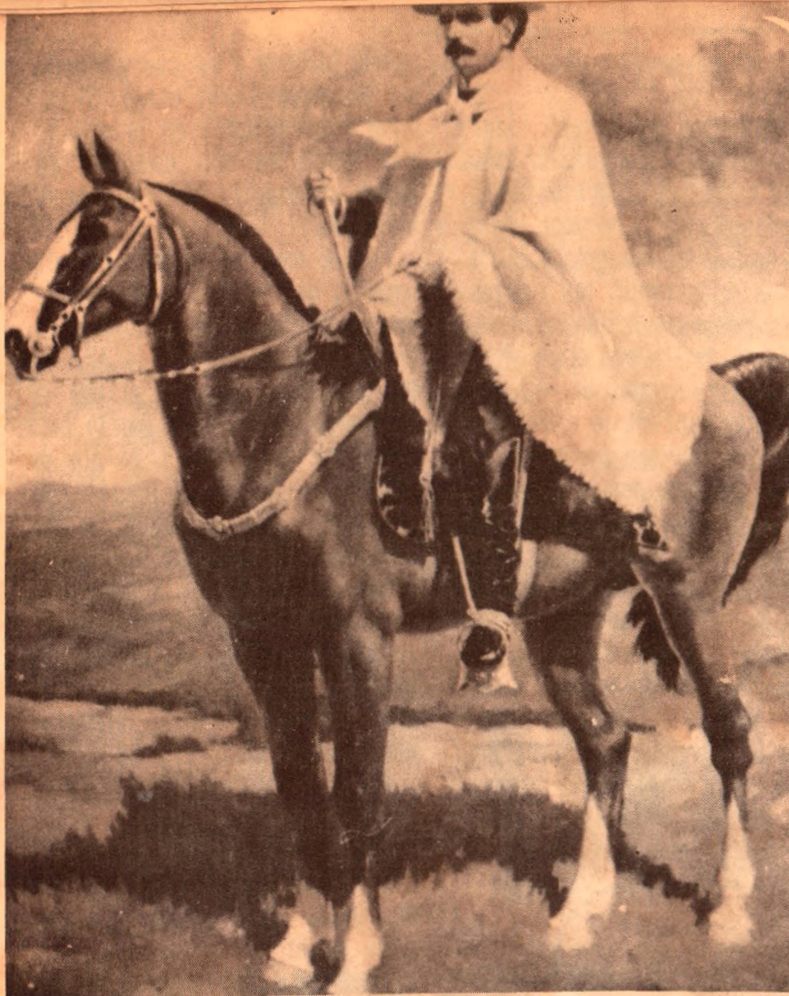
Sus soldados, sus montoneros, los que tras él fuimos, soñando con el sufragio purificado y con la fraternidad fundada en el derecho, evocamos a diario su inmenso recuerdo, que retempla, contando como el mejor blasón de nuestra carrera, haber pertenecido alguna vez, a las multitudes desamparadas y visionarias que Saravia, el gran Saravia, encabezó!

Mientras los nacionalistas conserven, entero, el culto de las probidades que el noble caudillo prodigó, se guíen por su ejemplo austero, aprendan la lección de su tenacidad espartana y resistan a los enervamientos del poder, seguirán siendo invencibles.

Carta-prólogo a las "Anécdotas de Saravia", de C. Pintos Diago. 1928.



Luis Alberto de Herrera Teniente en 1897



El águila del Cordobés

Aparicio Saravia

por Efraín Quesada

I

INFANCIA Y JUVENTUD

EL "CABO VIEJO"

COMO todo muchacho de once años. Aparicio Saravia es travieso e inquieto. Vivo de genio. Agudo y listo para discutir. Asimila cuanto observa, y sobre todo, si lo siente. Jovial y alegre. Aprende integralmente con facilidad. Contrasta un poco, nada más, con su hermano Basilisio, tres años mayor que él, de carácter menos comunicativo y alborotado. Más reposado y calmoso. Bastante tranquilo. Sin embargo esas condiciones, no lo libran de, por cualquier cosa, irse a las manos. Viven entre los dos, en un continuo tire y afloje. No es sólo con Aparicio que se trompea, sino también con Gumersindo, el mayor, de quince años, que anda tropeando con su padre.

Los dos hermanos mayores, hace pocos días, riñeron ásperamente. Antonio Floricio, el Chiquito, rubio y atlético, quiso apartarlos. Pero no se abrieron. Y abrazados rodaron por el pasto. El padre los vio. Se arrimó rápidamente y con fuerza los desabrazó. Para que la madre no terciara, se los llevó lejos de las casas. Detrás de una hondonada. Interrogó a Gumersindo:

—¿Cuántos años ten vocé?

—Quince.

Y con su arreador de cuatro tientos, le dio quince chirlazos.

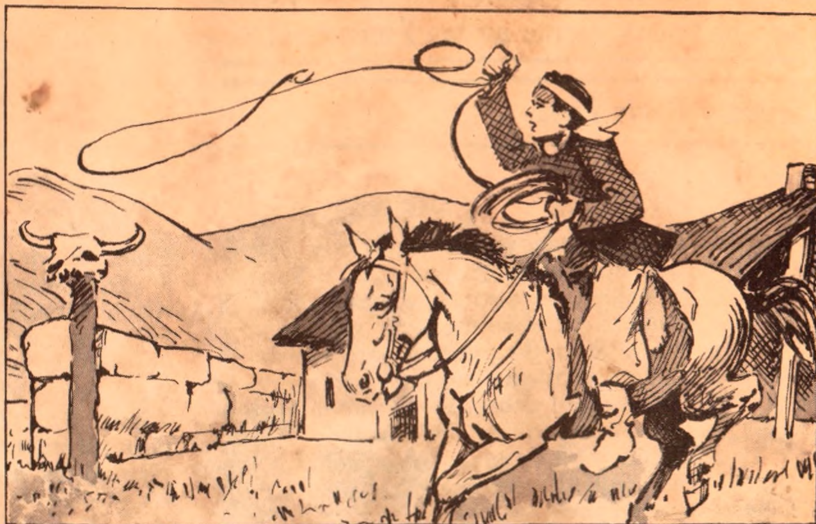
—¿Y vocé?

—Catorce, —contestó Basilisio viéndosela venir.

Esa fue la cantidad de azotes que menudeó Don Chico sobre el segundo de sus hijos. Ambos soportaron el dolor sin quejarse ni moverse. Después, el padre "les dedicó una reprimenda

Aparicio puso desde entonces las barbas en remojo.





Así se entretienen todos los días, tirando las boleadoras a los perros y gallinas. La mayor de las veces entre ellos mismos.

larga y reposada", sobre las consideraciones que se debían como hermanos y el respeto que tenía que existir entre ellos. Aparicio que había observado la escena, puso desde entonces, las barbas en remojo.

José, de nueve años, el más parecido a su padre, anda cabalgando junto a Chiquito, al borde del patio de la estancia. Larga el caballo a la rienda ante la mirada baqueana del hermano, sosteniéndose con las rodillas. Levanta una de sus manos y grita:

—Aprenda, Aparicio.

—Eso es de maturrango —responde el gurí, al par que revolea una boleadora hecha con marlos; hasta con una bola más chica, que le sirve de manija. Su ánimo es enlazar el animal que galopa bien montado. Las "tres chinitas" vuelan silvando en el aire. Se deslizan por el anca y llegan débilmente hasta las patas del caballo, pero no se enriedan. José lo sofrena y burlonamente le dice a Aparicio:

—Cosa que no puede ser, que un moro pueda perder.

Esa es la diversión diaria de los Saravia. Imitar al gaucho en todo. Así aprenden a hacer boleadoras con pulpa de madera o marlos de maíz. Don Chico les ha enseñado también a fabricar *las bolas* con bolsas de arpilleras, que llenan de arena.

Servía como soga, de *las tres marías* infantiles, un tiento cualquier. A veces un pedazo de hilo de envellonar. Así se entretienen todo el día, tirando las boleadoras a los perros y gallinas. La mayor de las veces entre ellos mismos.

No sólo hacen las boleadoras; también fabrican los lazos con cualquier piola o guasca que encuentran y se las pasan enlazando y pialando todo lo que tienen a tiro. Un rato es una planta, otro un palo, o una silla y aún sobre el jarrón que está sobre la mesa y que muchas veces hace que doña Pulpicia ande con el Jesús en la boca. En fin, no hay cosa que deje de servirles para enlazar. Para eso, siempre tienen la *armada* pronta.

En uno de los muretes, fuera del patio, don Chico ha colocado dos postes y sobre cada uno, una cabeza de vaca.

—Proven aí sus tiros.

Primero lo hicieron de a pie. Después desde los petizos, que hacían cruzar a la carrera, a rienda suelta. El padre les enseñaba a usar el lazo, como era debido.

—Tiren y solten tanmen el rollo.

Cuando veía que la armada había alcanzado el objeto, les gritaba a los que aún no habían aprendido.

—La mano dereita a la presilla, para recoger el lazo, si hay necesidad.

Les explicaba pacientemente que una de las *suertes* mejor hechas o el mejor tiro de lazo que se hace, es cuando el enlazador calcula bien la distancia a que va a llegar, y lo arroja de manera que al acercarse a la cabeza o las guampas, se cierra, dejando sólo la abertura necesaria para aprisionar aquéllos, tal como si se pusiera con la mano.

A veces don Chico le ordenaba:

—Eche las terneras de las leiteras, Aparicio.

El gurí entonces, sin que nadie lo note, coloca un maneadorcito debajo del cojinillo. Era el suyo, una manta de cuero de oveja, muy lanudo. Un pellón.

Mientras arrea los terneros, por los bajos, y está seguro de no ser visto, se ejercita con sus

Se situó como vecino en las Puntas del Sauce y Pablo Páez.

tiros de lazo. También va en yunta con Chiquito, con el que hace muy buenas migas. Y mientras uno lo enlaza, el otro sube jineteando. ¡Y cómo se amañan para permanecer montados!

"A veces a falta de guasca para hacer un ramplén, utilizan el mismo arreador, pasando la trenza por debajo del pescuezo del animal; otras veces se aseguran colocando los pies debajo de los sobacos y agarrados de la cola, y mejor aún 'cara vuelta', calzando los pies en las verijas. De esta manera, es que a casi todos los terneros de la lechera, los hacen caballos".

Las armas eran las mismas de los gauchos, con la diferencia que son de juguete. Un madero con una horqueta, les figura una pistola y un palo al que han cruzado otro, la faca. Algunos de los Saravia, tienen al cinto, que les compró su padre en Melo, verdaderos cuchillos de madera, con la punta roma.

A don Chico le agrada verlos montar y correr carrera entre ellos. Aparicio, aún estando solo, siempre encuentra oportunidad para una aflojadita.

Los muchachos van aprendiendo lo que es la vida, en la dura experiencia de su padre y bajo las polleras cariñosas de su madre. A la autoridad severa de don Chico contrapesa la ternura maternal. No en demasía, para no torcerlos.

Viven, desde que Aparicio se acuerda, en los pagos de Cerro Largo en las nacientes del arroyo Pablo Páez, al norte. En el paraje enclavado entre los arroyos Sánchez y Ternera y la cañada de la Tuna hacia el sur y el este.

DON CHICO EL PADRE

Don Francisco Saraiva, (don Chico), pudo haber entrado para establecerse definitivamente en el Uruguay, en los últimos años de la década del ochocientos cuarenta. Quizá el mismo año (y, ¿por qué no el mismo tiempo?) que invadió el territorio oriental, Pedro Abreu, barón de Yucuy, para arrebatar hacienda a los estancieros de las costas del Cuareim.

Se situó como vecino en las puntas del Sauce y del Pablo Páez. Tenía veintisiete años. Era un mozo morocho, de baja estatura, de piernas combadas, ojos pequeños y astutos de mirada penetrante. Usaba barba en cruz, con perita. El pelo largo, como melena, peinado hacia atrás, venía de Lavras, poblado cerca de Herbal y Cacimbinha, en Brasil.

De su brumoso pasado, se puede saber que se inició "como puestero de Leandro Vohelho, en Lechiguana". Su fortuna, según algunos, la hizo "trabajando duro". Según otros, en el juego. Parece ser que siendo mozo era "más de camino que de hogar". Su padre era Porfirio Saraiva y la madre Carmen Dutra; fuerte hacendado hacia el año 1830. Propietario de grandes campos en las puntas del arroyo Millán, en la Provincia Oriental. Su abuelo lo era un brasileño riograndense: José Saraiva.

La razón por la que dejó su patria riograndense Francisco Saraiva, sólo la supo él. Y quizá su mujer, Propicia da Rosa, a quien todos conocen como doña Pulpicia, como a él lo llaman don Chico. "Sobre sus hábitos de ahorro se cuentan anécdotas exageradas por la sátira y aumentadas por la maledicencia", pero que pueden ser ciertas.

HISTORIA DE JUEGOS

Según las malas lenguas, fue jugador de ventaja, pero ese no era tema que se tocara en la mesa, ni en rueda de fogón. Y menos en su presencia. Contaban que en el tiempo del ñaupa se había aliado con un mozo alto, desgarbado, conocido como Lino Peña, que manejaba los naipes con destreza, como los dioses, y que juntos salieron a desplumar incautos. Hasta se hacía historia, que puede ser verdad o no, que Francisco Saraiva cruzó el Cuareim por la Boca del Tigre y llegó a Yaguarón, en Río Grande.



Los pagos de la infancia

Se sentaron los tres y entre paradas, bases, oladas,

chiripas y relancear, pasaron las horas.

Enderezando para la casa de un comerciante que tenía debilidad peligrosa por las barajas.

—Coñozco que ten esa flaqueza —le habría dicho a Lino Peña, que se regocijaba de antemano con la ganancia mal habida que tendrían.

El comerciante saludó a don Chico con muestras de contento y amistad. Levantó la trampa del mostrador y la sostuvo, dándole paso.

—Adelante, mi amigo.

Francisco Saraiva entró y se encaminó hacia el pequeño escritorio del comerciante. Estaba cargado de papeles, la mayor parte de cuentas y remitos brasileños.

Conversaron largo y tendido, sobre el tiempo que no se veían, "entre un vaho de tabaco, de rapadura, de dulce de coco y de caña".

Saraiva tajeó el diálogo para el lado flaco del comerciante.

—De jogo, ¿cómo ha andado?

—En Yaguarón se juega poco; ¿y usted?

—Igual. Donde no coñozco, no probo.

Y así siguieron conversando.

—Si consiguiéramos una pierna más —dijo el comerciante—, esta noche podríamos tener una partidita.

Como si hubiera esperado oirlo para entrar, llegó Lino Peña.

—Ando en busca de unos zuecos —dijo inocentemente, como si efectivamente necesitase calzado. El comerciante dejó a don Chico en el escritorio, y fue a atender al forastero. Saraiva continuó con su charla. En una de esas se dirigió al mozo.

—El siñor ¿es caltelhano?

—Sí, —contestó, mientras hacía unos apartes de chucherías.

—¿Anda en Yaguarón por negocios?

—Quiero establecerme en Río Grande. Ando buscando campo. Pienso negociar con ganado. —Con la mayor naturalidad, agregó: —¿No sabe de alguna posada para pasar la noche?

Continuaron preguntándose y contestándose, como si nunca se hubieran visto en la perra vida. Llegaron sin forzar lo más mínimo, al interrogante esperado.

—¿Le gusta o jogo?

—Algo; pero siempre que sea entre gente decente, —respondió Lino Peña, mientras se desprendía el cinto para sacar un montón de monedas de oro y pagar unas mercaderías que acababa de comprar. El comerciante le pidió que viniera a hacer pierna, en un juego entre amigos. El mozo prometió volver, cuando ya el almacén estuviera cerrado y se pudiera cartear tranquilo. Lino Peña no faltó a la cita.

Se sentaron los tres. Y entre paradas, bases, oladas, chiripas y relancear, pasaron las horas. Por la ventana se vio clarear la aurora. Hicieron la última baza. Y la suerte se mantuvo para el mismo lado. ¡Era como para cambiarla!

Prendido a los naipes



Lino Peña , salió primero. El comerciante, apenado, le dijo a Saraiva:

—No hay duda que el mozo estaba en las buenas. Me dejó pelado!

—Eu quedé desplumao...

Se despidió quejándose de su suerte en el juego. Subió sobre su pingo, mientras se cerraban las puertas del negocio. Al trote se dirigió a la otra orilla, donde lo esperaba Lino Peña. Se repartieron "la plata que había en la burra del comerciante, y, equitativamente, dividieron el prenderío que han podido hacerle apostar a las cartas, que las toscas manos de Lino Peña hicieron traidoras y viles".

"Con este 'sistema' Francisco Saraiva, parco y sobrio, fue amontonando dinero". Y amorraló bastante. Según narradores de sucedidos, "un buen día, después de haber vendido su apero con adorno de oro y plata, le habló gravemente a Lino Peña".

—Eu, no jogo más, amigo Peña. He negociado un campito y quero poblar. Cambiaré el jogo de naipe por el trabalho. Si quiere un bom consejo, haga lo mismo.

Lino Peña no podía oirlo. El juego era su vida y no tenía otra manera de ganársela, y se alejó, igual que había venido. Pero, entre ambos hombres se había forjado una amistad. Francisco Saraiva se quedó en los pagos de Cerro Largo.

Quizá todo eso no sea nada más que Leyenda. Resulta difícil comprender cómo aquel hombre, que se desprende de las libras de oro para ponerlas al azar de las cartas, se vuelva económico, metódico y controlado en todo. Unicamente que jugara —como parece— sobre seguro. Pero, ¿quién, aquerenciado en el juego, acostumbrado a la plata dulce, la aprieta en los bolsillos del cinto?



Don Chico y doña Pulpicia

Lo cierto es —según cuentan— que poco después Saraiva se estableció en las puntas del Sauce y Pablo Páez. Tenía 27 años. El dinero que parece que ganó en las carpetas de juego, le sirvió en algo de provecho. No mucho después, arrendó y pobló el campo de Terra, un hacendado del pago. Seguidamente aquerenció otro en el paraje enclavado entre los arroyos Sánchez y Ternera y la cañada de la Tuna, que alcanzaba el norte, por las nacientes del arroyo Pablo Páez. Es su primer establecimiento.

En febrero de 1851, vuelve Francisco Saraiva al Brasil. Se encamina hacia el Arroyo Grande de donde trae a su compañera Propicia da Rosa, diez años menor que él.

La vida en aquella naturaleza casi virgen, lejos de todos los caminos no será regalada. Los diecisiete años de la moza no será obstáculo para criar hijos y cuidar de la casa. Es de cuerpo menudo. Sutil y delicada. De grandes ojos azules. Es una brasileña muy agraciada. Su carácter es fuerte y varonil.

Al llegar a los pagos de Cerro Largo, no percibió mayor diferencia con los riograndenses. Desde Santa Clara, tomaron por los surcos de un camino de la cuchilla Grande y marcharon hacia las puntas del Pablo Páez. Encontraron la casa a la izquierda del camino. Era de piedra. Propicia no vio un solo árbol, ni un solo sembradío. Don Chico desdeñaba los árboles.

—Dan trabalho y no producen más que sombras.

Francisco Saraiva había iniciado su pasar, cuidando caballadas. Más tarde se dedicó a una *puntita* de vacas. "Don Chico, trabajador incansable, vendía yeguas, compraba novillos, marcaba orejanos... el ganado era bagual, muy arisco. No existían alambrados. Sólo algunos cercos de piedras, largos como esperanza de pobre, dividían de muy lejos, grandes extensiones de campo, haciendo como de líneas divisorias de las dilatadas estancias".

"Se caminaba muchas leguas a lomo de caballo, compañero fiel del gaucho, para llegar a los cercos de piedras los ganados se pastoreaban noche y día, para acostumbrarlos al lugar, para darles 'querencia' ".

Chico, como lo llama su compañera, construye de piedra una gran manguera, que ata más de dos mil novillos. Desde allí parte para la Tablada, como tropero de sus animales y de los de varios vecinos. Su mujer se quedará en casa de sus familiares, los Feijóo, del Tacuarí, a quienes todos conocen como los Piaco. O vendrán algunas de las mujeres, para que no pase tan sola, y además la cuiden. Eso, sólo en los primeros tiempos.

Propicia da Rosa, sabe que si siguen así las

Desde Santa Clara tomaron por los surcos de un camino de la Cuchilla Grande y marcharon hacia las Puntas del Pablo Páez.

cosas, dentro de poco Chico será uno de los troperos más fuertes de la zona. Pero la paz en el Estado Oriental no dura mucho, y Cerro Largo al igual que toda la República, se conmueve por una nueva contienda entre hermanos. No tienen más remedio que volver al Brasil a esperar que pase la sangrienta tormenta.

EL PRIMER HIJO

Antes de que cumpla veinte años, la joven tendrá su primer hijo. Para alumbrarlo, la comadrona —volvemos a la tradición—, le plantea a Saraiva:

—Mire don Chico: como va viniendo, creo que va a tener que elegir entre la vida de la madre y la del niño.

"El brasileño, sin una vacilación, decidió el punto en una frase que pinta su alma y su carácter: —"Salve a o filio. La mae cumple con su deber".

Ese niño, que viene precedido de tal augurio, será Gumersindo. Detrás de él llega Basilisio, después Antonio Floricio, el Chiquito. El 16 de agosto de 1856 nace Aparicio. Lo seguirán otros varones y cuatro mujeres más.

Se narra como cosa sabida, que en 1865, en tiempo que "Flores y los brasileños invadieron el Uruguay", don Chico no quiso que la guerra lo masticara entre dos fuegos, y puso tierra de por medio. Se dirigió "a Aceguá, en la frontera, con intención de seguir para Bagé, con toda su familia".

En el camino se cruzaron con jinetes. Enterados de lo que intentaba hacer le dijeron:

—Así van derecho a la boca del tigre; por ahí anda la tropa del Coronel Muniz.

"Uno mira aprensivamente a Gumersindo y acota: "—Ese gurí puede servir para arrear caballos".

Cambiaron de rumbo y alargaron el viaje por el Chuy. Siempre es mejor estirar y llegar que acortar y quedar en camino. Cruzan la frontera. Doña Pulpicia suspira de alivio; don Chico con seguridad hace lo mismo. Están a salvo. Se quedan en Santa Victoria de Palmar. Aquí se vuelve a repetir la historia, o la leyenda, de que don Chico vuelve al juego (¿cuándo realmente lo dejó?), para ganar más que plata sonante, tierras. Con el tiempo se le conocerán en el "Currral de Arroios", cerca de la Laguna Merim y a tres leguas de donde está con la familia, varias suertes de estancia.

Una vez que se sacrificó a Leandro Gómez y a sus compañeros y pasó el peligro en el pago blanco del Cerro Largo, los Saraiva vuelven a la patria oriental.

Muchas cosas le llegan de oídas. Don Chico no es amigo de andar haciendo historias sobre su ayer. A la que suele escapársele algo, es a doña Propicia a quien todos ya tratan de 'Doña Pulpicia', incluso sus familiares.

El muchacho ha dejado ya de hondear pájaros y remontar 'pandorgas'. Los juegos de gurí van quedando hacia atrás. Unicamente alguna noche que otra, con la luz apagada, juegan al 'veo-veo' o a las adivinanzas. Si anota alguna diablura, es sólo la de cruzar nadando y zambullendo los arroyos

Sin que nadie le enseñara, le brotan versos improvisados, acompañado de la guitarra, que toca de oído. Como todos. Causa gracia verlo templar su pecho antes de soltar su canto. Su vigüela, más parece un changango que otra cosa.

Los que lo oyeron tocar, dicen que las seis cuerdas hablaban en sus manos y que decían cuanto tenían que decir. Si le piden que cante un 'referido' o un 'sucedido', no se hace rogar. Rasguea las primas y bordonas y se acompaña

Cantor, dibujo a lápiz de H. Espondaburu



PAYADOR Y CANTOR

Sin que nadie le enseñara, le brotan versos improvisados

acompañados por la guitarra que toca de oído.

Don Chico Saravia, como lo llaman sus vecinos y peones —castellanizando el Saraiva—, metódicamente continúa prosperando. Es extremadamente económico. Los que lo tratan, consideran que tiene un afán excesivo de adquirir y poseer riquezas. Sus intereses, con sacrificio y trabajo, van aumentando. Su fortuna es cada vez más respetable. Sus campos se extienden, lo mismo que aumentan sus muchachos.

—Debo darles armas para su defensa. As batalhas da vida son duras.

Aparicio Saravia con sus trece años, más percibe que vive todo ese pasado de su padre.

en milonga, con la voz aguda y aflautada.

A mi no, porque a mi no
A mi no, porque a mi cuando,
Si no me agarran al trote
Menos será galopando.

Muchos mozos le piden relaciones para el pericón nacional o algunas mazurcas charlatanas: Aparicio sin desentonar, improvisa una copla o trae una que repite de oída.

Sucede con las mujeres
Igual que con las guitarras:
Hay que apretar las clavijas
Pa que queden bien templadas.

A veces le reclaman una relación de más amo-

res. Que se ajuste más a las circunstancias, ya que el gauchito le anda arrastrando el ala a una criollita y quiere hacérselo entender. El cantor vuelve a los bordones y tose suavemente, para entonarse.

Tengo rancho y tengo pingo
Mate y yerba pa tomar,
Sólo me falta una china
Que me quiera acompañar.

El "mocoso", como a veces lo llaman doña Pulpicia, se florea con dichos y refranes. Los oye de los viejos peones y de cuantos llegan a las poblaciones, y los acomoda a su modo. A todo le encuentra el lado flaco de la broma y la chanza, y así, sin pensarlo, forja máximas y sentencias que se pierden como voces del pueblo.

—¿Cuándo, padre?

—Dientro e poco.

Rápidamente pasó el "dientro e poco". Gumersindo el mayor, irá con él a la capital, para seguir sus estudios. Aprovecharán una tropa de ganado que deben llevar a la Tablada. A lo mejor van con ellos Basilisio y Chiquito. Liborio Roldán, será el tropero capataz. Un hombre legendario en estas tareas.

Aparicio había hecho varias tropeadas, pero sólo por los alrededores, como para endulzarlo. Ahora se le cuadraba marchar en una grande y de esas de no contar los días. Aunque más no fuera porque era de ida y con la desgracia de encerrarse. Gumersindo le aseguró a su padre que no se desprendería de él, ni un momento.

RODEO

BLANES



Aparicio atendía todas las indicaciones y se deshacía por cumplirlas.

Don Francisco Saravia, rumbeador y baqueano en la geografía norteña oriental, lo es también en el alma de sus hijos. Sabe como es cada uno. Lo que dan. Y donde les aprieta el tamango.

Les dijo que para ser "homes de proveito" tenían que ir a la escuela, y fueron a una de las pocas que había entonces por Cerro Largo. Allí aprendieron a escribir y leer y un poco de aritmética y geografía. No mucho más pero no fue poco.

Gumersindo y Aparicio, en el conjunto de los hermanos, parecen ser los más despejados y vivaces para los libros. El 'viejo' se regocija viendo la letra correcta del mayor. Los rasgos finos de las mayúsculas en las que ponía una cierta elegancia. No escapó a don Chico que Aparicio, sin desmerecer a ninguno, aparece como el de más fuerza interior. Al menos era lo que aparentaba.

Un día lo llamó.

—Aparicio, he falado de vocé con su mae y hemos determinado que vaia a Montevideu a estudar.

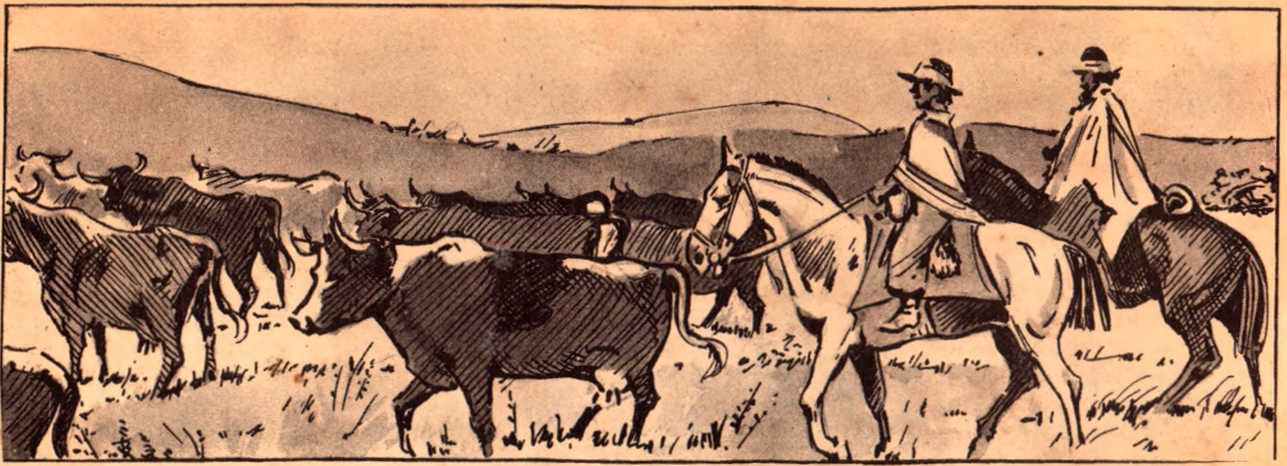
El gurí repasó todo su apero. Arregló mil veces su maleta. Don Chico le regaló un poncho patria. La madre, algunos besos y unas lágrimas. Los días se le iban volando con la ansiedad del viaje.

Aparicio, aprestado como para la comunión, observaba todo. Viviéndolo con intensidad. Sintiéndolo como si fuera parte de su propia existencia. Se había ya parado rodeo. El propio Gumersindo hizo el aparte, ante la vista de águila de don Chico y de Liborio y luego concluyó el recuento. Se despidió de todos y se colocó a la culata de la tropa, al lado de Aparicio. El muchacho atendía todas las indicaciones y se deshacía por cumplirlas.

Liborio Roldán le ha enseñado a Gumersindo, ante el oído atento de Aparicio, que se debe elegir por su calidad si es ganado de cría y por su gordura y cuerpo si se trata de novillos o vacas para invernar.

—El lote debe ser bien parejito.

Esa tarea no es para todos, pero ya Gumersindo lo ha demostrado, sabe distinguir un ani-



APARICIO y GUMERSINDO

TROPEROS

Experiencia que se adquiere durante las largas marchas a Montevideo.

mal gordo de uno pesado.

—Ves, Aparicio, un animal puede ser pesado como ese y no gordo como éste.

Señalándoselos sin equivocaciones.

El capataz tropero, ya conoce uno a uno los animales que arrea. Si tuvieran que entreverarse de nuevo, Roldán volvería a formar la misma tropa, sin equivocarse en uno siquiera.

—Todos, como los cristianos, tienen algo diferente.

Tras las últimas despedidas y los consejos de rigor y alguna lágrima de la madre, se pusieron en marcha hacia el sur. El primer día no será fácil. Los animales están aquerenciados. Mugen. Remolinean. Desde el rodeo les contestan los que se quedan.

—No les gusta dejar sus compañeros

Este trabajo, pesado para cualquiera, es livianito para Liborio Roldán. En otras oportunidades ha marchado, con diez veces más animales.

Se oyen los gritos de ¡Hop...! ¡Hop...! ¡Hop...! ¡Siga! ¡Siga!, y el silbido penetrante y peculiar de los troperos, que van marcando el ritmo de los pasos, moviendo las bestias y agilizándolas. Algunos animales dan vuelta su cabeza y mirán atrás, compungidos. Esta primera marcha es la más dura. Los vacunos parecen resistirse a dejar la querencia. Unos escapan y disparan campo afuera. Y allá va uno de los peones a la carrera.

—¿Ayudo?, pregunta Aparicio que se sale de la vaina por mostrar su baquía.

—No hace falta, —dice Roldán—; cada uno lleva su trabajo y debe hacerlo... Ya le tocará el suyo.

El peón, al fin, le dio alcance con su caballo del medio. Lo recostó al novillo con el fin de darlo vuelta. Pero nada. El animal se niega.

Aparicio vio cómo al rechazarlo, el peón con el arreador empezó a castigarlo sin asco. Hasta que el rigor lo hizo mover. Volvió sobre la tropa con su criollo, siempre recostado, pasándole la cabeza por encima del pescuezo del arisco.

—Lo lleva, como queriéndolo abrazar.

El muchacho, en la ruta, va aprendiendo. Ya no anda en su petiso de la estancia. Aquella es la realidad con todos sus rigores y no el juquete de los gurises que paraban rodeo con las gallinas.

El propio Gumersindo distribuyó los puestos de los troperos, claro que con la complacencia de Liborio. Hizo una nueva elección con el peón que arrea la tropilla de caballos de muda de todos los compañeros, quien además de tropero, es baqueano de caminos. No era esa, una labor para cualquiera.

—Ese hombre —lo señala Roldán— es el que toma la puntera, por lo mismo debe ser buen campero y llevar un caballo de mi flor. Si no, ¿cómo evita él solo las disparadas, o contiene los arranques del ganado?

El mayor de los Saravia, dispuso también los flanqueadores y los que van a la culata. Le explicó a Liborio, los cálculos que había hecho para todas las jornadas a fin de parar siempre en buenos pastoreos. Este, fue asintiendo en todo. Ese muchacho, a su entender, valía lo que pesaba.

—Y, ¿por qué en esa forma, Gumersindo? —pregunta Aparicio.

—Así las marchas serán reguladas y al llegar a destino, los animales estarán enteros, sin que se muestren transidos.

Pocas horas habían andado, cuando se dio la orden de parar. A Aparicio le pareció el trayecto corto, lo mismo que el tiempo y la distancia.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí, mi amigo, —respondió Roldán—; el primer día las jornadas deben ser cortas. Los animales extrañan mucho la querencia. No se olvide que tuvieron rodeo y todo eso los cansa. Estos bichos, son como los cristianos para el cuerpo..



Esa será su escuela campera. Así entiende que en la marcha, lo principal es la aguada, sobre todo en verano. Que en el pastoreo no debe haber mío-mío, ni romerillo, yuyos venenosos capaces de matar si lo mastican.

—Los animales no entienden de esas cosas —acota Roldán—, o quizá sea porque el hambre los arrastra, lo cierto es que caen como chorlitos.

Después de pastar, la novillada fue a la aguada. Luego los vuelven a juntar. Uno o dos peones les hacen ronda abierta. La demás gente, encuentra lugares adecuados para hacer fuego y poder tomar mate y churrasquear.

Aparicio, imitando a todos, desensilla. Muda de caballo. Lo ata a la estaca con un maneador. Con el recado hace la cama. Se recuesta boca arriba, con los ojos y el instinto vigilantes sobre el ganado. Al ver que un animal se retira demasiado de sus compañeros, sofrena su caballo, pone un cojinillo, salta en pelo y lo repunta para volver a su improvisada cama.

Por la noche la cosa será más brava. La ronda debe ser cerrada. Los animales no deben desparramarse ni mesturarse con otros.

—Aparicio hará sus "cuartos" por el lado de la aguada —ordena Roldán. Y ya sabe: todo ojo, todo oído. Todo atención.

Los "cuartos" son el tiempo de ronda. A veces son de dos horas. A veces más. Según como venga la cosa. Así acumula experiencia, pasando los días, los caminos, la geografía, las poblaciones. Sufriendo mil clase de peripecias. Andan y andan leguas y leguas soportando los soles y las lluvias. Los calores y el frío. Por sierras ásperas y bañados inhóspitos. Siempre atento y alerta. Dejando parajes y pagos que le van contando misteriosos secretos. Así se hace duro, incansable. Conocedor de arroyos y picadas.



¡Qué distinto era aquello, tan alborotado de gente, comparado con la soledad de sus pagos de Cerro Largo!

MONTEVIDEO

En un santiamén, de repente, están frente a Montevideo, la capital. ¡Qué enorme le resultal Se extiende considerablemente hasta la ciudad vieja. Los caballos en que cabalgan Gumersindo y Aparicio, andan esquivando zanjones y pantanos. Apenas cruzan el arroyo Pantanoso, encontraron el pueblo Victoria con sus calles delineadas a cordel. En el camino se les cruzan carruajes que sólo habían visto en las revistas. Seguido, a veces, de hembras elegantes a caballo, vestidas de amazonas. Resaltando el cuerpo voluptuoso por la forma de sentarse en la silla. Tropiezan, también, con trabajadores de a pie, con la chaqueta al hombro y un cayado en la mano. Vadean el puente del Paso Molino en cuyas proximidades hay un pueblito extendido bajo sauces, ombúes, álamos, paraísos, acacias y algunos naranjales.

Después, vuelven a encontrar quintas, hornos de ladrillos, saladeros, corrales de abasto, plazas de carretas. Más atrás, ven la bahía, el Cerro, las antiguas construcciones de Las Bóvedas, la Iglesia Matriz, el Teatro Solís, el mirador de la casa de Rivera.

Gumersindo, que ya había estado en Montevideo, le va mostrando todo, aún con equivocaciones: el teatro de San Felipe y Santiago, donde funcionó la Casa de Comedias, el templo de San Francisco en construcción, la flamante Bolsa, la Casa de Correo, el Hotel Oriental, el Hospital de Caridad con su capilla, la Universidad Mayor. El Mercado chico. ¡Qué distinto era aquello tan alborotado de gente, comparado con la soledad de sus pagos de Cerro Largo!

Como Aparicio es blanco de opinión, le hubiera gustado entrar por la Unión de Oribe pero como había que traer la tropa por este lado, no pudo ser. Ya tendrá tiempo de verla.

Mira y mira sin cansarse de ver. La ciudad le sale al paso desde lo alto de una loma. Está asombrado. Hay más construcciones, que todas las que ha visto en el camino.

Aparicio Saravia entró de pupilo al colegio de Montero Vidaurreta. Es uno de los mejores, no sólo de Montevideo. Allí aprenderá ;lo que la escuela no pudo darle. Mejorará la caligrafía.

Los héroes que retornan del Paraguay,

marchan harapientos, en la mayor miseria,

pero ¡con qué dignidad!

Hará más fluída la correspondencia y con menos faltas. Le enseñarán, aunque no aprenda, algo de inglés.

Del pique, extraña enormemente las casas de la estancia. Su familia. Sus juegos casi-chúcaros al aire libre. Los mandatos del padre y algún que otro tirón de orejas de la madre. Lo único que no lo hace trastabillar en su seguridad, son los encuentros con Gumersindo, que está ampliando sus estudios. En uno de ellos ven llegar desde el puerto, los soldados que regresan del Paraguay. De dos mil, volvían apenas más de doscientos. El resto había muerto peleando homéricamente en la selva y los pantanos guaraníes, lejos de la patria y ajenos a su suerte.

—¡Todo por culpa del traidor Flores! —exclama Gumersindo.

Aparicio los ve desfilar conmovido. Los héroes que retornan, marchan harapientos, en la mayor miseria. Muchos de ellos, enfermos... ¡Pero con qué dignidad!

—Los colorados —agrega su hermano— son los responsables de este crimen.

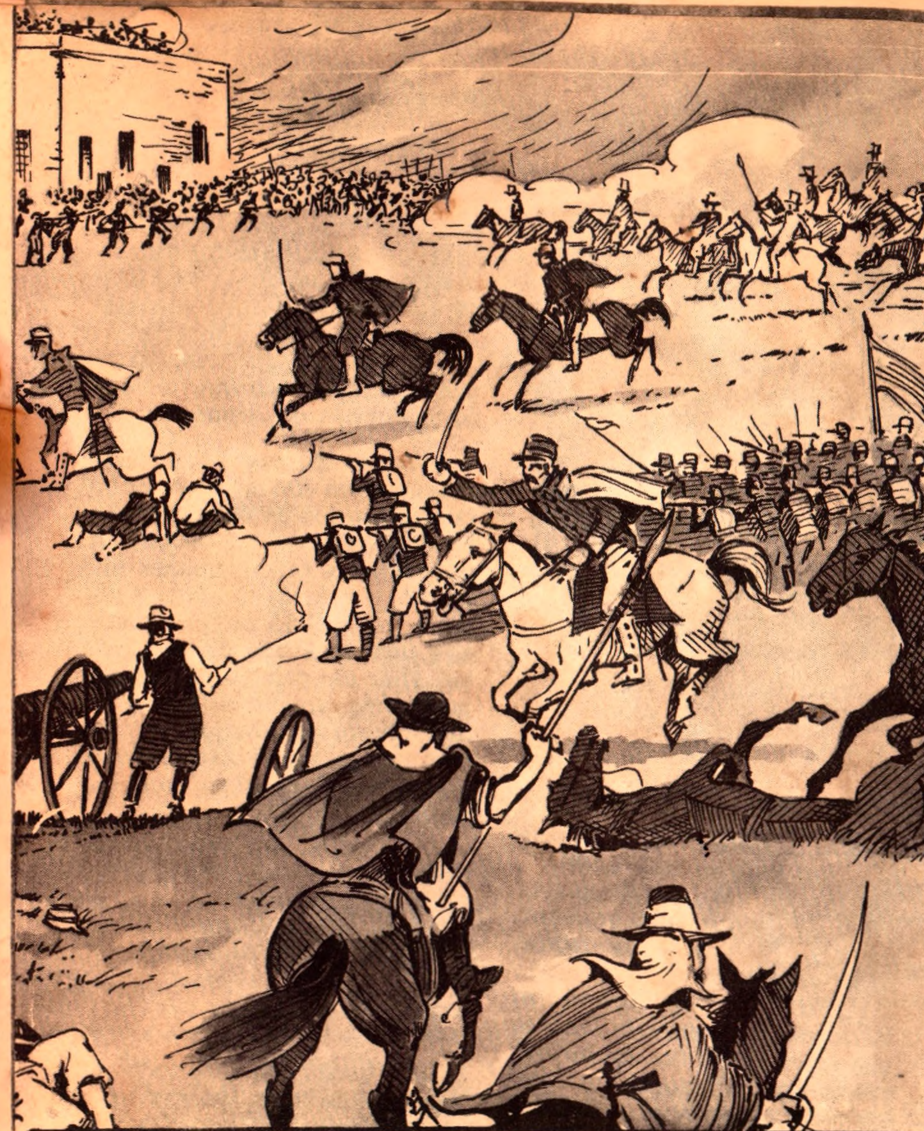
Aunque sin mucha prisa, el tiempo pasa. Un día se amontona a otro y se apilan semanas y se enfardan meses. En el colegio se oyen los rumores más diversos de lo que pasa afuera. Como arisco y chúcaro, no quiere preguntar. Sin embargo se entera de una "alzada" de Máximo Pérez, que contuvo el General Caraballo, el que se lanzó sobre el poder; pero lo mancaron lo mismo que al Goyo Suárez. Pese a esas intentonas, el General Batlle está en la presidencia. Todo fue achacado a la "crisis bancaria", a la quiebra de los bancos. Aparicio es muy niño para comprender lo que son "dificultades financieras", por eso no comenta esos hechos, pero sí los olvida. Aunque habrá de recordarlos.

de pupilo a **Cabo Viejo**



TIMOTEO APARICIO





Montoneras revolucionarias de Timoteo Aparicio

LA REVOLUCION DE APARICIO

Más de oír que de preguntar, le llega la nueva que los blancos con el General Timoteo Aparicio a la cabeza han invadido el país.

De nuevo el sacudimiento de una revolución entre los orientales. En el colegio, todos están inquietos. Hay padres de alumnos de uno y otro bando. El muchacho sabe que don Chico, no se arrimará a ninguno. Desde afuera le llegan los movimientos de tropas. Las órdenes de mando. Los redobles del tambor. Las llamadas del clarín. Para atemperar la desgracia de la guerra, se han extendido los horarios de rezos y de misa.

Entre los alumnos se han formado dos partidos. Entre los preceptores también. ¿Cómo escapar del influjo que divide al país en mitades? Aparicio anda más nervioso que de costumbre, más inquieto, pero siempre terco.

El día que se encuentra con su hermano Gumersindo, el mayor de los Saravia le habla de Timoteo Aparicio. De su patriotismo. De su valor corajudo. De su pasado, "que muchos de los pelucones que lo combaten quisieran tener". "Timoteo Aparicio, es gaucho como ninguno". Y el muchacho comienza a apasionarse por aquel guerrillero de patriadas.

—Pienso unirme a su gente.. —le dice Gumersindo.

—¿Cómo podrás hacerlo? —pregunta Aparicio.

—Me haré voluntario del gobierno.

Lo que oyó de Gumersindo fue un balde de agua fría. ¿Cómo un blanco puede estar del lado de los que mandan y tan mal? Aparicio no logra atar esas dos moscas por el rabo.

Sorprendido, interroga:

—¿Con la gente del presidente Batlle?

—No tengo más remedio.

—¿Peleará contra la gente del General Timoteo?

—Eso no, Aparicio. Ni degollándome.

El alma del Saravia tuvo un respiro y dijo:

—Y ¿entonces?

—El presidente Batlle, está reprimiendo con rigor los posibles adversarios. Para eso echa mano a las levas. Si lo agarran a uno, es ir en primera fila al matadero. Siendo voluntario es distinto. Le tienen confianza. Le dan armas y uno se puede tomar en la primera, las de Villadiego.

—¿Cómo podrá hacerlo, Gumersindo?

AGUARDANDO LA OPORTUNIDAD

—Para saberlo, he de esperar la oportunidad. Pedir un barato, Aparicio. En cuanto malicie que anda cerca gente del General, les escabullo el bulto y estaré con los nuestros.

Gumersindo Saravia, uno de los blancazos de la familia, fue de voluntario de "los salvajes del gobierno" para la campaña. Demostrando que tenía más agallas de un dorado. Aparicio estaba, entre los que lo despidieron. Entre aquellos soldados, ¿iban muchos como su hermano mayor?

En ese momento que Gumersindo se marcha apeligrando el cuero, se da cuenta que queda solo en Montevideo. Una profunda angustia comienza a devorarlo. Ahora menos que antes tolerará las disciplinas escolásticas. La vida enclaustrada le resulta una cárcel. Una jaula. La nostalgia que se forja en la soledad interior, se le va haciendo cada vez más intensa, más enorme. El maestro dicta las lecciones, pero él no las comprende. Está tan lejos.... Si tiene un libro en la mano, no puede leerlo; está pensando en otras cosas menos importantes, pero que llegan más hondamente.

Las cuatro paredes de la pieza, de las clases, de los dormitorios, los altos muros que lo rodean, le cierran el aire de los campos que añora, el frescor de los montes y las asperezas de las cuchillas que no olvida.

¿Qué será de Gumersindo? El niño se interroga y un sin fin de figuras se le presentan, mortificándolo o tranquilizándolo, pero siempre alejándolo del mundo que lo rodea y en que vive. ¿Habrá logrado pasarse a los blancos del General Timoteo Aparicio?



Las fuerzas del General Timoteo Aparicio fueron derrotadas por las del gobierno, en julio de 1871, en los Manantiales de San Juan (Colonia). Se libró en la estancia de Suffern

MUCHAS noches los preceptores lo han encontrado en el lecho, sudoroso, quejándose en medio de sueños que se adivinan pesadillas. Los maestros y los guardias lo llaman. Le advierten. Le reclaman atención. Aparicio intenta reconcentrarse. Atender como es debido, pero no puede. Ya se da cuenta que ni soporta las clases. Le resultan monótonas. Incomprensibles. Palabras que se repiten y que nada le dicen. A veces, ni siquiera las oye.

Cuando algún hijo de revolucionario le cuenta que la gente del gobierno llaman a los que andan con Timoteo Aparicio "palomos", sólo atina a decir:

—Pero, ¿por qué?

—Porque, según los salvajes, son unos inocentes que se hacen sacrificar inútilmente.

DIVISAS DE LOS BLANCOS

Eso lo entiende. Lo comprende. Lo mismo que cuando le cuentan los diferentes motes que lucen las divisas de los blancos: "Por cinco años de ausencia, salvajes tengan paciencia", "Abrir o saltar la zanja", "No pido ni doy cuartel", "La libertad de los salvajes es como la cuchilla del verdugo: mata", "El que sabe matar, debe saber morir".

¿Cuál de ellos llevará su hermano Gumersindo, si es que logró unirse con los suyos? ¿Pudo escabullirse de las fuerzas del gobierno, o lo habrán pescado cuando se iba? No. Aparicio sabe que su hermano mayor es baqueano en escurrir el bulto y no van a manearlo fácilmente. Pero tampoco los salvajes son maturrangos.¿ Qué habrá pasado?

De nuevo vuelve a caer en esa nostalgia enfermiza. Comienza a enflacar. A perder color. Ya está llamando la atención de todos. Se ha puesto caprichoso. Malhumorado. La sana alegría que traía al venir desde sus pagos, se había empantanado con la tristeza cada día mayor. Siente miedo de no estar lejos de allí. El director comprende que no hay más remedio que avisar al padre, no sólo por la indisciplina que contagia, sino porque no aprende y porque teme que enferme.

Todas las tardes al entrarse el sol, Aparicio mira por el lado del pago y sin saber cómo, siente que le ruedan las lágrimas. Tiene confusión, ansiedad, se siente sofocado, como que el corazón le latiera más a prisa.

El director, enormemente preocupado, escribe a don Chico sobre la crisis que está soportando su hijo, por el cual está temiendo, ya que lleva una conducta extraña, teniendo intervalos de excitación.

Aparicio conoce todos los movimientos del colegio. Sabe cuales son los puntos flacos de la vigilancia y las horas en que ésta es prácticamente nula. Lo que aprovechará, pues se le ha metido en la cabeza que tiene que irse de esa cárcel. Huir del colegio. Ya no soporta más aquella asfixia. Más que añorar la libertad de los campos, lo corroe esa soledad que vive. Y se hace pertinaz, obstinado.

ESCAPA DEL COLEGIO

Una noche en que todo el colegio descansa, en esa hora en que sabe bien que nadie abrirá los ojos, ni aunque ladren desaforadamente los perros, saldrá del colegio. Dejará atrás alumnos y cuidadores.

Respiró hondamente el aire fresco y limpio del campo! Se acabaron así los rezos y los silencios obligados. Olfateó el rumbo. Y se aprestó a reconocer el camino por donde había venido. Una vez en su surco, siguió andando.



Marca del ganado de Saravia



Diligencia a Minas
(Foto de época)

EL MUCHACHO Y EL MAYORAL

EL itinerario que recorre es ignorado. ¿Dónde durmió y comió la primera noche, la segunda y la última? ¿A campo abierto, en algún rancho o bajo una enramada, o en un monte?

Sigue adelante, quiere volver a la estancia de su padre. No anhela otra cosa. Se topa entonces con la diligencia de Ramón Nieva.

Al ver al mayoral de largas rutas cambiando sus lanceros y boleros, para seguir su viaje al sur, se arrima y lo saluda. Era una gran esperanza en medio del camino.

"Nievas, hombre de pocas pulgas, con su barba de chivo que lo hacía más grave y áspero aún de lo que era, apenas contestó el saludo del muchacho huido.

—Mayoral, —habló Aparicio con voz mansa— ¿No me presta un caballito para llegar hasta mi casa? Se lo hago devolver enseguida que llegue.

Nievas lo miró de reojo y siguió prendiendo sus rabones.

—Vengo bastante cansado, mayoral; de a pie desde Montevideo y mi casa todavía queda lejos....

Nievas iba a estallar. Pero se contuvo. Y le refunfuñó:

—Mirá muchacho, dejate de joder!

Subió al pescante, hizo una seña al cuarteador, chasqueó los látigos y la vista se le perdió a Aparicio entre los polvos del camino".

El chiquillo continúa. Va cargado de una rabia que se le revienta por t o d o s los costados. Algún día ese Nievas se las va a pagar y bien!. No se olvidará de esa mala actitud.

Y eso que el mayoral tiene posta en la estancia de su padre. En la marcha, la calentura se le va aplacando.

Son montoneros del General Timoteo, vienen al mando de Lanza Seca.

HA andado a pie largo y tendido, rumbeando para sus pagos. Al llegar a lo alto de una loma, ve un grupo de jinetes que vienen hacia la cresta de la cuchilla. Es una partida de revolucionarios. Llevan lanzas con hojas atadas y algunas con media-lunas de desjarretar. En manos de aquellos jinetes son armas formidables. Son montoneros del General Timoteo. Vienen al mando de Lanza Seca. Así llaman a su comandante.

—¿Para dónde vas, gurí?

—A mis pagos de puntas de Pablo Páez, en el Cerro Largo....

—¿Cómo te llamas?

—Aparicio Saravia.

—Si sos Aparicio, igual que el general, debés ser bueno; —el que mandaba hizo una pausa, y preguntó: —¿Cómo siendo un Saravia andás a pie?

El chicuelo cuenta todas las peripecias que ha pasado desde que escapó del colegio, hasta el "dejate de joder" de Nievas.

Lanza Seca ordena que le den uno de los caballos de muda que llevan. Le entrega una lanza que sujeta una hoja de tijera de esquilar en la punta, atada por un pañuelo, que flamea como una banderola.



Aparicio y Lanza Seca

En esa partida rebelde, se entera que su hermano Gumersindo escabulló el bulto a los colorados y se plegó a la gente de Angel Muniz, y que anda haciendo la revolución.

Aparicio Saravia vive la vida que hacen los demás soldados del Partido. No es lerdo ni perezoso para ninguna encomienda. Sabe hacer el fuego, aún con leña verde, para el mate y churrasquear. Nadie dice que aquel chicuelo flaco y melenudo es un niño de trece años. Conoce todas las labores del campo y no se desmerece frente a ninguno de sus compañeros. Todos gauchos machazos y corajudos. Aindiados, mulatos y negros. Los pocos blancos, se confunden por la piel curtida, entre la pelambre espesa. Entre ellos no encuentra mucha diferencia. Son paisanos que descolgaron sus viejas tercerolas y afilaron las lanzas por el Partido Blanco. En ese medio el niño se siente un hombre más, y habrá de demostrarlo.

Una partida del gobierno, ataca un día a esos montoneros del general Timoteo. Lanza Seca se dispone a darle una carguita. "Para templar los ánimos". Le pide a Aparicio que se aparte un poco. Pero "di'ande". Es cuando más se mestura con los suyos. Levanta la lanza y carga al igual que todos. No hay diferencia, ni la hace. Experimenta una sensación nueva, extraña. Hay algo que lo arrastra al centro del entrevero. Allí, donde se lucha con mayor bravura.



Aparicio en las montoneras del Gral. Timoteo

EN EL CENTRO DEL ENTREVERO

Suenan algunos trabucazos. Las balas silban, pero Aparicio no se detiene. Por el contrario, parece que se le encendiera el ánimo y se le avivara el coraje. Nota, de pasada, que hay hombres con anchas heridas, de las que borbotea sangre, pero no se arredra. Si las bestias, como decía Roldán, son iguales a los cristianos, ¿por qué no habrán de ser los cristianos iguales a las bestias? ¡Si habrá visto Aparicio manar sangre de la garganta de un novillo degollado! Muchas veces metió su mano en ella.

Los de Lanza Seca atropellan sin asco, aullando y rugiendo. Aparicio va en el pelotón. El empuje es rabioso. Chocan las lanzas, los facones. El ruido se mezcla con los ayes y gritos. Unos vivan al gobierno. Los otros al general Timoteo y a los blancos. Se acomete al enemigo no como hombres, sino como fieras. Los que están acorralados, abren cancha a fuerza de chuzazos.

Aquel entrevero es distinto a todos cuantos ha visto el muchacho. No es la trenzada de peones en el galpón. Ni en las cocinas, y sin embargo unos van contra otros con enorme ímpetu. Como si fueran a lavar una terrible ofensa. Las largas barbas y las melenas espesas, flotan en el aire.

Levanta la lanza y Aparicio carga al igual que todos.

No hay diferencias. Ni las hace.



La primera batalla de Aparicio Saravia

...y lo siguen hasta la muerte sin un gesto de miedo.

SOLDADO de Timoteo APARICIO

Es un adolescente que tiene el conocimiento del gaucho.

Los del gobierno notan que la gente de Lanza Seca no afloja. Ni siquiera ese gurí que va con ellos, ha dado un paso atrás. Por el contrario, es el más decidido. El que más desafía y ayuda. Hasta han visto ira y odio en sus ojos. Y que sabe abrir campo con su lanza, como el mejor.

Al notar los del gobierno que esa no es la de ellos, el que los manda se adelanta caracoleando por la loma, y llama a los demás compañeros. El clarín lo ayuda con su chifle rápido. A la orden, se desprenden y enfilan al galope tendido hacia la cresta de la cuchilla Van defendiéndose a trabucazo limpio. Algunos de los de Lanza Seca van siguiéndolos, hasta que se oye la fuerte y firme voz del comandante de los blancos:

—Si quieren dirse, que se saquen el gusto.

El rostro de Aparicio está sudoroso. Respira jadeante. Su brazo no flaqueó en la lucha.

—¡No aflojaste, gurí! —le dice Lanza Seca. Uno de los más veteranos agrega:

—Se entreveró como un cabo. Como un cabo viejo. ¿No es verdad Lanza Seca?

Todos los de la columna están cansados. Agotados. Fue una jornada corta, pero sin dar ventaja al cuerpo. Buscarán un abrigo y se tirarán, para que los huesos no estorben. La gente del gobierno que disparó al galope, se perdía en el límite del horizonte, al trote.



Después de la lanceada

Aparicio ve como aquel, su comandante, se mueve libremente. Que gobierna a quienes van con él, porque sí. Y que lo siguen hasta la muerte sin un gesto de miedo. Atados a su mando y su bravura. El había visto como Lanza Seca puso horizontal su lanza y al galope había avanzado hasta el entrevero. Y todos, incluso él, lo habían seguido. En el choque sangriento nadie había reculado. Nadie había tenido miedo. Si éste era un comandante, qué no sería el general Timoteo...

Un reparador descanso



Se hace rueda junto al fogón, mientras varios "bomberos" cuidan los límites del paisaje. Unos matean de lo lindo. Otros se le prenden al asado que está a punto. La carne no espera, hay que esperarla a ella.

—Tenés que comerla a dedo, sobre la jeta.

Cada cual corta su pedazo preferido, sin que se desprenda el resto del asador. Así, bien caliente, es más sabroso. Aparicio tiene su trozo entre los dientes y la mano. Con un cuchillo que le han prestado, corta su bocado.

—Creí que te rebanabas la nariz...

—No soy tan chapetón... —responde el muchacho.


Rueda de fogón

"Enriestra la lanza y atropella entre espumarajos y palabrotas...".

Es un adolescente, pero tiene el conocimiento del gaucho. Eso es lo que le agrada a esa indiada de Lanza Seca. Que sea así: paisano, respetuoso y serio. Sin propasarse ni dársela de entendido en todo.

El Comandante, para templar los ánimos, cuenta de los formidables duelos a lanza de Timoteo Aparicio. De su coraje a toda prueba.

—El general tiene unos cojones de toro... Cuando se arremanga, adiós contrario —narra entusiasmado Lanza Seca—, aunque sean diez. Enriestra la lanza y atropella entre espumarajos y palabrotas. Eso y todo, nunca se ha encequecido. ¡Y qué gente flor va con él! El vasco Baztarrica, grandote y bravo. El "tape" Medina y Pampillón. Todas lanzas de primera, para achurar un ejército. Y, don Angel Muniz, que lleva el látigo, como su única arma.

Después, Lanza Seca los entera que el general Batlle, "el presidente de los salvajes", tiene preferencia por los caballos moros.

—En el combate de la Unión, se lo hirieron en la ranilla de



MUERTE DE ANACLETO MEDINA

COPLAS

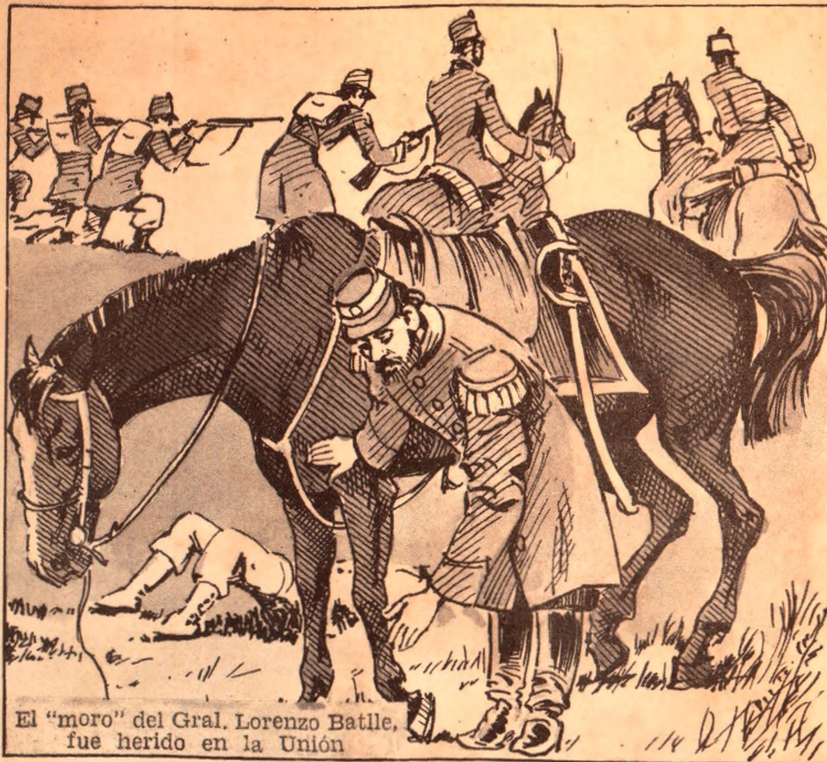
Tus cojones Anacleto
te trajeron la disgrasia...
¡Ay! tape, te despenaron
por tu coraje y audacia.

Caiste en el entrevero
en la tacuara afirmado,
cien lanceros te esperaron
y los cien te atravesaron.

la mano izquierda. El moro se encabritó. El presidente se bajó. Le palmoteó el pescuezo, para tranquilizarlo, "Tené paciencia moro —le dijo—, esa bala era para mí".

Se relata de todo un poco, pero siempre dentro de aquel círculo de cosas sencillas que todos conocen y comprenden. Aparicio ha visto esas ruedas de fogones en las cocinas y en los campos de su padre. Pero ahora es distinto. El forma parte. Está integrado a ellos. No habla más de lo necesario, de lo preciso. En cambio, escucha y presta atención a todo. Siempre hay algo que aprender.

—El mate no debe ser ni grande ni chico; ni con mucha yerba ni tan poca que no se pare la bombilla. ¿Sabés, Aparicio, por qué el primero es el de los zonzos?



El "moro" del Gral. Lorenzo Batlle, fue herido en la Unión

Escucha y presta atención a todo. Siempre hay algo que aprender.

El muchacho no dice nada, pero mueve la cabeza negativamente.

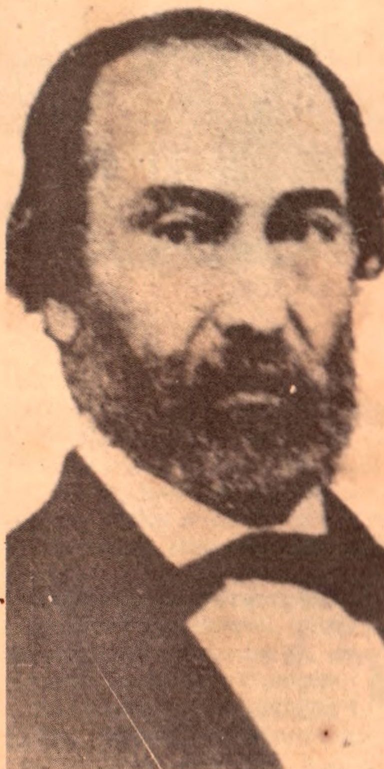
—Porque no es el mejor; la yerba no se ha hinchado bien, y se chupa frío y con palos. Siempre hay que estar al lado del cebador. Con el acarreo se revuelve y queda el mate galopeado.

Los días van sucediéndose. Aparicio sigue flaco y melenudo. Su ropa se ha ido desgarrando. En nada se distingue de los demás paisanos. ¡El poncho patria que le regaló su padre antes de salir para Montevideo, tiene varios buracos. Unos por las filosas espinas de los montes y otros por los lanzazos que pudo escabullir en su bautismo de sangre.

Comienza, al andar del tiempo, a ver picadas conocidas, arroyos y serranías por las que otras veces ha pasado. Los mismos montes que encontraban cuando galopaba junto a su padre y a Gumersindo y Basilisio.

—Esta es tu querencia, —le dijo Lanza Seca—. De aquí ¿sabrás rumbear solo?

—No tengo miedo, comandante. Estos son mis pagos. Aquellas son los despuntes del Pablo Páez. Allá atrás están las casas.



La despedida fue cordial y emotiva. Muchos le dijeron adiós con el mote que le llegó al alma. Era un grado que se había ganado en buena ley, y había de servirle.

—Hasta más ver, Cabo Viejo.

En su caballo del medio se largó al galope. Al llegar a la loma se dio vuelta; el piquete de Lanza Seca se perdía tras una isla de árboles.

Se alejó canturreando por lo bajo. Ya no volvió a mirar para atrás. La canción, junto con otras, la había aprendido con los montoneros del general Timoteo.

El intrépido Aparicio
En denuedo sin igual
Hace flamear la bandera
del Partido Nacional

LORENZO BATLLE
Gobernó cuatro años (1868-1872). Su presidencia fue perturbada por cuatro revoluciones, una de ellas fue la "Guerra de Aparicio" o la "Revolución de las lanzas"

Vuelta a la Tarea de Todos los Días





Hogar paterno de Aparicio Saravia
en los pagos de Pablo Páez

Oleo de H Saravia

LLEGO a la estancia. Don Chico lo recibió fríamente. Con cara de pocos amigos; en cambio doña Pulpicia se deshizo en preguntas y mimos. Los hermanos menores revoloteaban a su lado. Los mayores seguían en la guerra.

—Mire como ha llegado, todo sudao y sucio. Vaya a bañar y a cambiar de roupa.

La madre, en el interior de la casa, preparó una tina llena de agua, a la que entibia con la caliente que había en la caldera de la cocina. Le aprontó la muda y la demás ropa. Aparicio chapoteó en el agua enjabonada. Cuando salió se sintió otro.

Se colocó un chiripacito de algodón a rayas sobre el calzoncillo. De cinto le sirvió un tirador de guayaca. La golilla blanca, la ajustó junto al cuello. Se puso los tamangos. Sintió los pies calientes con los pelos de adentro. Se sujetó la melena con una vincha blanca. No la llevaba porque había de sudar cuando su padre le agarrara, sino de puro lujo nomás.

—¿Así que vocé no quiso estudiar ni aprender? ¿Y agora que facerá? ¿Por qué no escrivó a su padre?

La reprimenda fue muy dura. En su mezcla de portugués y castellano, le hizo ver, entender, la preocupación que todos habían tenido por su suerte. Que la madre, muchas veces había llorado dándole por perdido. Que eso no eran cosas de hacer, y que si no quería estudiar no lo iban a obligar.

Don Chico se quedó muy serio. El muchacho tomó entonces la posta, y contó sus sinsabores del colegio. Cómo, después de la partida de Gumer-

sindo habían aumentado sus angustias. Que se moría allí todos los días, en ese ambiente de fría disciplina, rezos, penitencias y obligados silencios en los que no se podía siquiera reír. El sabía que aprender era necesario, pero no a aquel costo. No estaba hecho para soportar la vida entre aquellas altas paredes, ni aquel techo que todas las noches parecía venírsele encima.

los hermanos regresan

Contó sus aventuras en la partida de Lanza Seca, quien lo había acompañado hasta muy cerca de las casas y lo había hecho Cabo.

EL padre no aflojó ni un pelo frente a las justificaciones entusiastas de su hijo. La falta cometida era grave. No sólo lo había desobedecido, sino que además había salido del colegio sin autorización. Le dijo que había cifrado grandes esperanzas en él, y que desde ahora en adelante tenía que ajustarse a las normas de trabajo de la estancia, ya que nada se regala y todo cuesta ganarlo.

Aparicio vio, o creyó ver, un flanco abierto en la rigidez de don Chico y lo apuró, diciéndole que reconocía como cierto aquello, pero que había escapado para volver al hogar. Contó sus aventuras en la partida de Lanza Seca, quien lo había acompañado hasta muy cerca de las casas. Y lo había hecho Cabo.

Narró el entrevero a chuzas y trabucos donde defendió su vida. Don Chico le contempló admirado, con asombro. No insistió más. Durante varios días lo trajo cortito de la rienda, sin soltarlo ni una cuarta; sin embargo con el andar de los días fue aflojando hasta normalizar las cosas.

Aparicio también le cargó la romana a Ramón Nievas, a quien culpó de no haber podido llegar antes, por no prestarle un matungo.

—Y eso que sabía que era hijo suyo.

RETORNO DEL GENERAL APARICIO

La revolución no había concluído. Las noticias de combates conmovía y entristecía a la familia. No podían dejar de pensar que los muchachos seguían en la contienda. A don Chico se le vio más apesadumbrado que de costumbre. Pensar que él zurraba a los hijos porque se golpeaban, y ahora, que se podían matar entre ellos, no podía hacer nada. Cada uno de los mayores andaba con sus armas y sus opiniones distintas.

Por el lomo de las serenas ondulaciones de las cuchillas, que recortaban el horizonte de los campos de Francisco Saravia, se vieron coronar piquetes numerosos de lanceros. Pronto se sabe que son la división del general Timoteo Aparicio. Va rumbeando hacia el Tarariras. De nuevo renacen en Aparicio las ambiciones del heroísmo. Su cabeza se llena de sueños. De combates. De gloria. Quisiera ir a buscar su lanza y plegarse a esas huestes blan-


El Gral. Timoteo anduvo por los pagos de Aparicio Saravia.

Ejército nacionalista frente a Nico Pérez, después de lograda la pacificación de 1903.

cas. Pero halla que está atado por el deber y el compromiso, a la obediencia paterna. Aunque más no sea, tratará de verlo de cerca, pero cuando se resuelve, el caudillo de la larga y blanca barba se ha perdido de sus pagos.

Finalizada la "revolución de las lanzas", Gumersindo y Chiquito retornaron. Lo mismo Basilisio, que se había alistado "con los del gobierno" a la orden del Goyo Suárez. Los tres hermanos se rieron de lo lindo, con las anécdotas de Aparicio en la partida y el que Lanza Seca lo hubiera hecho Cabo. Don Chico cambió de cara y se le vio feliz.

Cada cual contó la suya, a su manera. Gumersindo había andado por Manantiales de San Juan, en Colonia, donde los habían sorprendido. Lucharon con entusiasmo, pero debieron recular. En el terreno ensangrentado dejaron el cadáver glorioso de Anacleto Medina. El "tape", en las lanceadas, las conocía todas. Era como si las hubiera parido. Pero era la



ANACLETO MEDINA

de él, y allí quedó.

Las narraciones de Gumersindo entusiasmaban a Aparicio. Describía los hechos haciendo vivir a todos ellos.

Basilisio explicó cómo en uno de los primeros combates, lo alcanzó una bala cerca del codo izquierdo, y se le subió has-

BATALLA DE MANANTIALES.

Plano

Referencias

A) Caballadas. B) Cañada. C) Fuerzas revolucionarias. D) Fuerzas de Castro. E) Arroyo San Juan y F) Estancia de Suffern, donde estaba las artillería e Infantería de Timoteo Aparicio.

COLORADOS: 1) Cuadros triangulares. 2) Piezas de artillería. 3) Batallón de Resistencia. 4) Caballería de Coronado. 5) Carretas de municiones. 6 y 7) Media batería de artillería y 8) Parque y dos compañías.

NACIONALISTAS: 1) Caballería del General Muniz. 2) Reserva de las guerrillas. 3) Caballería del General Campos. 4) Guerrillas de Layera. 5) Caballería del General Anacleto Medina. 6) División Soriano. 7) Div. San José. 8) Div. Colonia. 9) Escuadrón Coronel Baraldo. 10) Escolta de Aparicio. 11) Escuadrón Mayor Carro y 12) Piedras.




LANCEROS
DE TIMOTEO APARICIO
(Dibujo de época)

"Quiero ser como el General Aparicio".

ta el hombro.

—Hubo que sacarla... y esa fue la pior. Me abrieron, sin nada... ¡Sentí un dolor machazo...!

Cuenta al detalle la atroz operación que le hicieron. Las ganas de gritar que tuvo.

—Apreté los dientes, y aguanté.

Y en cuanto estuvo sano, volvió a las filas. Mientras describe, muestra las dos bocas cerradas de las heridas.

—Pese a estar con los salvajes —piensa Aparicio— éste es de los buenos.

Es por entonces que el adolescente comienza a entrever un destino distinto. Algo que no estaba en sus cuentas. ¿De qué manera se podía llegar a lo que quería? ¿De qué forma sujetarlo? Si el destino fuera como un novillo que se viese, él sabría sofrenarlo. Pero no. Sentía que estaba en él, pero no se veía ni podía tocarse. ¿Cuál era el lazo que precisaba, para pialarlo?

Comienza a calar a profundidad la naturaleza y la vida. A conocer a los hombres. Eso era lo importante —piensa—: encontrar el alma de la gente. La razón de vivir de cada uno. Buscar la fuerza vital que imprime la naturaleza a los que conviven y mueren con ella.

—Chiquito, —dice un día a su hermano— quiero ser mejor jinete. Mejor lancero. Más baqueano. Más hombre.

—¿Diande saca esas cosas, Aparicio?

—Quiero ser como el general Timoteo.

—¡Casi nada, lo del ojo!

El "Cabo viejo" está deslumbrado por el caudillo nacionalista. Lo percibe patriota. Valiente. Oriental. Gaucho, de esos de no empardar. Le resalta la gallarda prestancia. La barba encanecida. La mirada de un soñador...

—Además —agrega Aparicio—, pelea por la causa...

Chiquito revive con él, mientras Aparicio cuenta la acción de la montonera de Lanza Seca. Donde, desde el soldado a los que mandan, llevan vincha y chiripá. Botas de potro. Melena larga y barba hirsuta que flamea en la lucha. Gente que ha nacido a caballo y sólo saben pelear sobre él. Que no quieren armas de fuego, de las que se ríen, aunque los mate. Que buscan los encontronazos cuerpo a cuerpo, utilizando sólo la chuza, la daga y el facón; pero ¡con qué baquía!

—Me he propuesto ser como él, Chiquito, y lo seré!

En todas partes que Aparicio ha oído hablar del general Timoteo, lo pintan como un hombre de arrastre, de prestigio desde el tiempo del ñaupa. Cuando el presidente Oribe fue despojado de la presidencia por los franceses, los salvajes unitarios y los riveristas —así lo oye—, el general Timoteo Aparicio no quiso "dirse" del Estado Oriental. Se quedó monteando, con un puñadito de hombres. Cuando el fundador del Partido capituló en la Unión frente a Urquiza, él no se pasó —como muchos— a los triunfadores, para agarrar algún carguito y algún mando. Siguió firme a la causa, peleando contra los brasileños que apoyaban al entrerriano.

Por ese entonces la familia había aumentado con otro varón, a quien bautizaron Timoteo, con contento de los Saravia blancos y desazón de los Saravia colorados, que eran menos. Quizá fuera por influencia de doña Pulpicia, blanca como todos los Piaco —como siguen llamando a los Feijóo del Tacuarí—. O quizá para que fuera corajudo como el gran caudillo de las lanzas.

—¿Por qué el viejo le puso de nombre el del general?—, preguntó un día Aparicio a Gumersindo—. ¿No dicen que es colorado?

—Amigo, menos pregunta Dios, y perdona...

Y no se volvió a hablar del asunto.



MAPA DEL URUGUAY EPOCA DE APARICIO SARAVIA



do Ensayo de Historia Patria por H. D. Ed. 1929

APARICIO SARAVIA

Aparicio Saravia, niño, carga a lanza durante un entrevero de la Revolución Tricolor. Según cuentan de ahí sacó el mote de "Cabo viejo" con que lo distinguían los íntimos.

